

LA VIDA DE UNA PANTERA SEVILLANA: SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

Emily Rose Frankenberg

LA VIDA DE UNA PANTERA SEVILLANA:
SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES



Primera edición: noviembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Emily Rose Frankenberg
© Ilustración portada: Judith Tamayo Balogh

ISBN: 979-13-88411-62-5
ISBN digital: 979-13-88411-63-2
Depósito legal: M-26610-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia humana y felina
en las dos orillas del Mar Océano.

Agradezco especialmente a Juan Aurelio,
mi mejor amigo y el primer público de este cuento milesio,
por animarme en cada etapa del proceso,
y a mis padres, John y Frances,
por iniciarme en los gatos,
la lectura y otros prodigios.

LA ESPAÑOLA, 1504

«Hoy no te quedan pretextos», dijo para sí el padre Gregorio, pues habían amainado las aguas y resplandecía el sol tropical. «Hoy sin falta irás», se repetía, como si la repetición confirmase el hecho y su valentía para realizarlo.

Hacía tiempo que se lo rogaban, primero uno y después otro, curando súbitamente del Bernardo moribundo cuando al hombre sano habían rehuido. Querrán ver su alma a buen recaudo para dormir tranquilos, pensó el sacerdote, asaz versado en las supersticiones del primitivo asentamiento. Arribaban extremeños, vizcaínos, gallegos y andaluces, cada cual portando las fábulas de su aldea o ciudad, que luego se veían magnificadas en el mitológico paisaje.

El brujo sevillano le llamaban, y contaban horrorizados cómo decía hablar con un gato negro dotado del lenguaje por intervención de unas magas.

Invocaban habitualmente al Santo Oficio, en cuyo momento el padre Gregorio rezaba en voz alta por los hombres rústicos, recordando las numerosas brujas que prefirieron indultar los Inquisidores en virtud de su gran ignorancia.

—¿Conque Sevilla es comparable a los campos incultos donde moran las tales brujas, y un hombre tan docto (y además sacerdote católico) merece el mismo perdón que ellas? —intervino cierto gallego, de talante incordioso.

—*Gentes ambulant in vanitate sensus sui* —respondió el padre Gregorio en aquella ocasión y otras similares, y aunque la rotundidad del latín solía surtir efecto, empezaba a preguntarse, de modo similar al

gallego impertinente, si eran comparables los sevillanos del presente a aquellos gentiles que andaban en la vanidad de su mente.

Sea eso como fuere, del mero hábito se tornó doctrina la supuesta ignorancia del padre Bernardo, como otras ideas que había defendido en el seminario y cuya refutación habría acarreado el fracaso y la deshonra. Los cuales no deben afectar al hombre espiritual y habrían tenido menos peso, si no intuyese la inocencia del otro y cierta obligación de ampararlo.

Siempre mantuvo una sana distancia, porque una cosa es defender a semejante hombre o buscar motivos lógicos de su locura y otra muy distinta tratar con él. De hecho, solo lo vislumbró una vez, mientras predicaba a los indios. Estos lo señalaron temerosos, contando en su idioma, ya medianamente comprensible, las consabidas historias del gato negro, las brujas y lo demás.

Al catar[1] las luengas barbas y el cuerpo enclenque que se arrastraba por la sombra, creyó observar la miseria más absoluta. Santiguándose, entonó aquellas palabras ya dedicadas a los paganos, por no ocurrírsele otra meditación más pertinente.

«Ahora lo conocerás», se repetía, y puesta la ropa con la sotana encima, calzados los borceguíes, en fin, con todo en su sitio, debió penetrar en la selva, pues más excusas no le quedaban.

Siendo irracional atribuir cualquier intención a un *locus* inanimado, parecía burlarse aquella selva hereje del tiempo establecido. Lo mismo cegaba la luz en los numerosos claros poblados de vicioso gramo que se atenuaba hasta casi extinguirse en el tupido follaje.

—*Mi ritrovai per una selva oscura, ché la diritta via era smarrita*[2] —decía en esos trozos, pues así imaginaba la selva literaria del florentino.

Cada estrépito de alas en la copa y cada palo quebrándose a ras del suelo evocaba extrañas fantasías. Como el diablo juega con estas debilidades del hombre, siempre se holgaba de los exiguos haces del sol y las voces humanas, ya fuesen las sobrias y monocordes de su Castilla natal o las canoras y dulces de la isla.

---

1 Ver.

2 Me encontré en una selva oscura, donde el camino recto no se distinguía.

Empero, el padre Bernardo vivía lejos de cualquier asentamiento, y fue menester atravesar hartas zonas tenebrosas, dura prueba para la imaginación de cualquier hombre.

—Isidoro, no seas cruel —chilló un demente desde la sombra, tras media hora de camino.

—No soy Isidoro ni quiero serte cruel —dijo el padre Gregorio persignándose, y se habría presentado de no ser interrumpido.

—Isidoro, *¿ubi lates*[3]? —dijo el otro, que no por latino atendía a razones.

—Soy el padre Gregorio… —comenzó el sacerdote, cuando vio con quién hablaba.

El interlocutor, de colorido plumaje, ocupaba el extremo de una rama. Apoyábase sobre una fina y garruda pata, mientras con la otra sujetaba un limoncillo, cuyas semillas extraía cuidadosamente, escupiendo lo restante al suelo.

Más de uno ha creído semejante engaño, pensó por excusarse, y es que el *verbum blaesum*[4] de ciertas aves se asemeja extraordinariamente al lenguaje de los hombres. En este caso, se trataba de un papagayo, especie nativa de aquel paraje.

—Pero donde hay pájaro docto, hay maestro humano —dijo el padre Gregorio, y se supo a poca distancia de Bernardo.

Pronto detectó los contornos de una choza construida de paja y barro al modo de las viviendas taínas.

Encomendándose a Dios, meditó qué estrategia seguir. A falta de aldabas, ¿convenía presentarse verbalmente o dar golpes en una palmera? La buena educación cobra especial importancia en presencia de un loco que por malinterpretar cualquier gesto puede lanzarse cual fiera contra el prójimo.

Mientras se entregaba a estas reflexiones, el cepo rodeó su pie derecho, disparando olas de dolor.

—Vengo en paz… —dijo, y se mordió el labio fútilmente.

—No seas cruel, Isidoro —repetía el papagayo entre el canto ensordecedor de los insectos.

---

3 ¿Dónde te escondes?

4 Habla balbuciente.

Tras varios intentos fallidos de librarse, tornaron sus pensamientos a la muerte; si no lo mataban las fieras, sin duda lo haría el anfitrión que de tal suerte lo recibía.

Repasaba los actos de su vida como procede en estas ocasiones, cuando oyó unos pasos en la hojarasca.

—¡Pero si eres el padre Gregorio! Siento el error, mas con tanto niño suelto, un hombre ha de defenderse.

«Sí, justifícalo», pensó el padre Gregorio no muy cristianamente, y dijo en voz alta:

—Suéltame, así te ayude Dios.

Obró Bernardo con sorprendente habilidad, habida cuenta de sus muchos años y aspecto desvalido. Al instante se encontró el padre Gregorio libre.

—Acompáñame —dijo su interlocutor terminantemente, y el sacerdote lo siguió cojeando.

Tenía cierta arrogancia animal de ahorrar en palabras lo que podía lograr con su dominio de aquel entorno: no un animal grande y recio, sino uno diminuto y grácil, capaz de defenderse en la sociedad humana y la selvática, aunque por ninguna se decantaba. Es decir, que tenía algo de gato, precisamente la raíz de su mal, pensó el padre Gregorio, desconcertado al contemplar ora los huesudos pómulos, ora los magros brazos, ora los ojos vivaces y cinegéticos, en fin, todas las facciones de su huésped, iluminadas cada cual a su vez por la luz parpadeante de una vela.

Se movía veloz y fluidamente, cosa poco habitual en la extremaunción si bien adecuada a otros ritos.

—¿Quieres confesarte?

—Sí.

Postrado debidamente en el suelo, recitó sus pecados con meticuloso detalle, pues es lujo de los solitarios estudiar su vida anterior como si de un libro se tratase.

Se alivió el padre Gregorio al oír pocos pecados carnales de esos que causan rubor. Los deslices del padre Bernardo se pare-

cían a los suyos: alguna duda espiritual (¿quién no las ha sentido?), alguna envidia malsana dominada por la voluntad, y algún enamoramiento de ojos, bien contenido al fin y al cabo.

Pero, ¿qué fue del gato negro y la brujería o cualquier hecho más que mediase entre la regularidad de su vida anterior y tamaño desorden?

Siendo impropio sacarle más pecados que los dichos, supo el cura reprimirse.

—Te he llamado por otros motivos —dijo Bernardo, acabada la confesión—. Por Isidoro.

—¿Quién es Isidoro?

—Un gato culto como el arzobispo sevillano. Lo sé porque me confió sus secretos.

—Te engaña la vejez y la soledad…

—No me engaña nada ni nadie. El gato me elude, eso sí. Mas la cuestión es que existe y da sentido a mi vida. Si lo hubieras visto, sus tiernas patitas sobre el confesionario y el verbo manando de su pequeña boca, habrías hecho igual que yo, ni más ni menos.

Alcanzó tal elocuencia su insania que mereció el silencio reverente del padre Gregorio.

—Tuve el privilegio de ser su escriba y apuntar sus vivencias, tal como me las narró. Te las lego, con la esperanza de que sepas apreciarlas —dijo finalmente Bernardo, y sacó del único mueble (a saber, un sobrio baúl con visos de ataúd) un gordo y mal unido tocho de papeles, que debió aceptar el sacerdote por respeto a tan profunda locura.

La vida de una pantera sevillana: sus fortunas y adversidades

⋆5

5 Los asteriscos distinguen los comentarios del escriba (el Padre Bernardo) de la historia que narra el gato.

—En honor a la verdad, no eres pantera sino gato —le corregí al oír tan disparatado título.

—Tú tampoco engendraste a una collación, y sin embargo te llamaban padre —replicó Isidoro—. Verás, que no limitándose a plasmar verdades objetivas, a menudo la literatura exalta alguna hermosa idea, como la de mi mejor amigo y preceptor, que dio en llamarme «panterita», apelativo que recuerda mi reducido tamaño sin restarme ningún ápice de dignidad.

Y, notando mi desconcierto:

—Lo sé: ¡te enojas por aquello del mejor amigo y preceptor! Creías ostentar tú mismo tan honroso nombre, cuando es y será eternamente del padre Beltrán, cuyas virtudes contaré más adelante. Pero no te pongas huraño, actitud inconveniente en un esclavo; piensa en cambio cuánta gloria te cupo cuando te hice escriba de mis vivencias. Ahora cállate y anota.

CAPÍTULO I:
EN EL QUE CUENTO MI NACIMIENTO Y QUÉ CIRCUNSTANCIAS ME LLEVARON HASTA MI PRIMERA AMA

Mi madre me arrojó al mundo a la manera de las gatas, en cierta esquina aledaña a Omnium Sanctorum donde algunas mañanas traen hurones. Éramos cinco hermanos, todos de distinto pelaje. (Cuando describo pelajes ajenos, es por concesión a los gustos humanos, pues guarda este punto escasa importancia para mi especie, si bien es verdad que los colores sirven ciertos propósitos prácticos, y el mío propio me inspira las más exquisitas poesías).

Entiéndase por hurón la bestia más fea de todas las que se arrastran sobre la faz de la tierra. Ambicionan tener dignidad de cazador, y los hombres los ayudáis en esa pretensión, mas son y siempre serán peores que las ratas. Nos cataban desde sus jaulas, donde por las multitudes que bullían en derredor debían exaltarse mucho, tal vez apostando cuántos objetos brillantes arrojaríais, de los que guardáis para semejantes ocasiones, o qué aventuras les traería la caza, aunque es vano atribuir cualquier pensamiento a las tales criaturas. Sea eso como fuere, concibieron una gran impertinencia hacia los gatos y nos acechaban de muy mala manera,

siendo aplaudido ese comportamiento por los hombres que nos rodeaban. Sin comprender vuestro lenguaje, entendí por sus gestos que alababan los colmillos de uno o las garras de otro. No obstante, los mantenían encerraditos, lo cual es justicia.

Íbamos también a la Laguna de Feria, aquel paraíso de gatos denostado por el ser humano, y cuyas alimañas fueron nuestras primeras presas. Las dejaba maltrechas nuestra progenitora, para que rematásemos la faena. Si quieres ver la superioridad felina respecto a vuestros canes, compara a las madres. Se desdeñan aquellas de educar a sus crías, que en consecuencia deben entregarse en servidumbre a alguna jauría o familia humana si quieren sobrevivir. No así las nuestras: son talentosas docentes y entienden aquel precepto platónico de enseñar con juegos. ¡Cuántos anfibios semivivos despachamos con sus hados, cuántas colas y patas arrancamos a su roedor, *et cetera*! Vertería lágrimas al recordarlo, si cual hombre o caballo supiese llorar.

Empero, fue corta nuestra dicha.

Un día, trajo un ratón ya muerto, y cuando palpamos las patas y la cola, cobramos no el trozo pretendido sino los zarpazos de mi progenitora, destinados a nuestro pronto aprendizaje, pues por ellos debimos lanzarnos a la gloriosa labor de nuestras propias cacerías.

He aquí que, siendo maravillosas educadoras, las madres felinas sufren menos apego que las vuestras humanas. Al quedarse nuevamente preñada, prefirió la nuestra desentenderse de nosotros, rechazándonos con la pata cuando buscábamos sus tetas. Perdónela Dios por no saber lo que hacía, y guárdeme de hallarla en celo, pues conozco casos de madres e hijos que se sacian mutuamente la lujuria. Tamaños son los pecados de mi especie, que a menudo se me antoja bendición aquella afrenta de los curas, quienes en sus homilías nos privan de alma inmortal. De tenerla, tan solo sabría hundirla en la fornicación, vicio tan connatural a los gatos que ninguno se salva de él.

Mi infortunio fue toparme con la teología en la biblioteca de mi preceptor, donde descubrí cuán fiera y sin remedio me hiciera

Dios. *Vitia primo exstirpanda sunt, deinde inserendae sunt virtutes*[6], decía Boecio, mas ¿cómo extirparnos la fornicación cuando de ella hemos tanto menester como de yantar y respirar? Me rindo a su poder, tan solo procurando no sea con mi madre, mis hermanas o mis hijas. Por guardarme de la primera, rehúso montar a cualquiera mayor que yo, máxime las listadas con mezcla de blanco y gris, pues tal pelaje lucía mi progenitora. Mis descendientes tienen peor remedio, al ser asaz numerosas y repartidas por toda Sevilla, aunque vuestro Dios me protegerá si del incesto felino se preocupa.

Parece mentira lo mucho que me importan las opiniones de los hombres y vuestra triste teología que ahorrándonos los castigos también nos priva de toda eternidad. Podría lamentar mi don, si no fuese porque comencé mucho antes a observaros con interés. Al saberme abandonado por mi madre, valoré los peligros circundantes: fauces de perro, coces de recua y ataques de ser humano, pues no eran pocos los muertos de hambre o los niños perversos que por placer o necesidad nos destinaban sus piedras y flechas. Vi perecer de las formas antedichas a tantos hermanos y compañeros que pronto entendí la necesidad de resguardarme.

Aunque sembrabais terror entre mis congéneres, ocurrióseme vuestra posible utilidad como especie. Vino mi revelación por un ajimez. Si nunca has visto un ajimez, pues por lástima quedan pocos, son unas celosías convenientemente ubicadas en el lateral de las mejores casas sevillanas, que permiten ver y hablar sin que desde fuera se cate al interlocutor. Sirven a las hembras humanas en sus amores y aun más a los gatos en nuestras distintas empresas, pues nuestro poco tamaño nos permite penetrar en algunos, yendo a encuentros carnales o sacando algún lamín de las despensas más selectas. Cuando supe que la Reina Católica pretendía tapar todos los ajimeces sevillanos por su origen mahometano y la invitación que brindaban a la indecencia, le guardé verdadero rencor, mitigado en algo por los papagayos que hizo traer de allende el Mar

6 Primero se arrancan los vicios y luego se siembran las virtudes.

Océano. Sea eso como fuere, en el día que te refiero, ignoraba la existencia de Sus Majestades los Reyes, la expulsión de los moros, las diferencias de credo, el hecho de los credos en sí, el viaje de un genovés a Indias y hasta la existencia de Génova, Indias, o cualquier otro país. Tan solo entendía la bonanza que me ofrecían dichos ajimeces y viendo uno cerca de la Laguna, me dispuse a olfatearlo. Tras unos golpes en el otro lado, apareció ante mis ojos una gata sobremanera gallarda, a la que admiré castamente sin pretender ningún ayuntamiento carnal pues mi escasa edad no llegaba a tanto. Era blanca como la leche sin mácula en todo el cuerpo, de carita redonda y hocico rosado. No se le asomaba el más mínimo hueso, sino que era entera de una mollicia más propio de juguete que de animal vivo. Debió llegar hasta allí intrigada por mi presencia, mas cuando dirigió sus ojos dorados hacia mí y me halló indigno de semejante esfuerzo, hizo por escaparse, quedándose atrapada entre las rejas. Soltó varios maullidos a cuál más penoso, a los que acudió presto una persona. Al decir persona hablo relativamente, pues era una larva de sexo femenil, cuya poca edad advertí por los pasos titubeantes y olor a leche maternal. Lamentando el duro lance de la gata, que supuse pronta a morir o padecer algún agravio de dicho monstruo, cuál fue mi sorpresa al comprobar que lejos de maltratarla, la cría humana la extrajo de las rejas, luego profiriendo unos trozos de carne que la gata pareció aceptar, aunque a duras penas pude oír su masticación, pues comía con la suma delicadeza de quien nunca pasó hambre.

Me pareció tan singular la suerte de aquella gata, que volví a buscarla en su ajimez. Aunque por prudencia ya no salía, era asaz ventanera (o ajimicera, si quieres) y usaba apostarse discretamente tras las rejas. Oyendo su tranquila respiración y los mimos que le prestaba la cría humana, concebí la ilusión de ser también adoptado en el seno de semejante familia.

A más de imposible, era del todo superfluo contar mi descubrimiento a mis congéneres, pues no compartimos vuestro afán de comunicación. Así es que guardé el secreto y observé entre-

tenido cómo mis compañeros recelaban a todas las personas sin distinción.

Cuando venga alguno bueno, será entero para mí, pensaba reconfortado, mas se frustraron mis designios: muy a pesar suyo, fueron raptados ciertos compañeros míos por personas que, lejos de hacerles daño, acariciaban sus insensatos cráneos y les susurraban dulces nonadas, luego escondiéndolos en casas donde es de suponer que engordaron como mi gata *peralba*[7].

Empero, ninguno de vuestros congéneres se agachaba ante mí, ni se dignaban a subirme en brazos, como no fuese para desollarme. Debo explicar en este punto que desde mi más tierna infancia, sospeché seros repugnante. Mientras algunos hombres se arrodillaban a jugar con mis hermanos, en cuanto me espiaban a mí se persignaban y salían corriendo; sin ánimos de jactancia, diré que cumplo una función bien santa, tornando a la oración a ladrones, pescadores y otras almas poco dadas a tal actividad. Claro está que en mi ignorancia no identificaba sus preces como tales, mas al recibir mi don, supe que abundaban en torno mío los paternósteres y demás efusiones católicas, y no debían ser otras las palabras que había oído de pequeño en Omnium Sanctorum y la Laguna.

Lo malo es que algunos no se limitaban a santiguarse y rezar, sino que me arrojaban también cualquier objeto que hallasen a mano. Me llovieron los guijarros del camino, así como los huesos de aceituna y almendras que tiran los muchachos en sus certámenes, pues ansiosos por espantarme, desechaban sus más preciados juguetes. Hinchóseme la piel en moratones, nublóseme de barro la vista, y a menudo cojeaba por los ataques sufridos en las patas.

Desesperaba de encontrar el amparo humano que tanto necesitaba, cuando apareció mi salvadora. Lector, no la creas hermosa por aquello de salvarme. Al contrario, era de tamaña deformidad que ni la virtud de haberme elegido entre los demás gatos pudo cegarme ante su mirada torva y lo desgarbado de su figura. La habría

7 Extremadamente blanca.

huido, de no ser por cierto regusto a carne cruda en sus huesudos dedos, que pasó por mi lomo y cabeza como hiciera la cría humana con su gata presumida. A gato feo, salvadora fea, pensé (pues desconocía la hermosura de mi negro pelaje, que hasta aquella fecha tan solo provocara el escarnio del vulgo). Y viéndole cierta justicia, me dejé subir en la espuerta que llevaba a cuestas.

Iniciamos un largo viaje en el que, preso dentro de la espuerta, oía y olía sin vislumbrar nada. Relinchaban caballos, ladraban canes, gritaban hombres, y creí desmayarme entre tanto estruendo cuando llegó lo peor, y es que el suelo se hundía bajo sus pasos, y sonaba un gran abismo cual Estigia mortal, que por aquel entonces desconocía pero que pronto me fue revelado junto con otras cosas más, como la existencia del río Guadalquivir y de Triana y el Aljarafe en su orilla opuesta, unidos con la ciudad por un puente de barcas por el cual mi salvadora debía andar en esos momentos. Mas de poco consuelo son las buenas razones cuando uno las ignora. Mi joven imaginación, sumida en la más profunda incultura, me sugirió tamañas imágenes que perdí el conocimiento. Me desperté en otro entorno más sereno, donde se filtraban entre las fibras de la espuerta los apetecibles cantos de mirlos y sapos. Consolado de mi largo pesar, pensé: «que os como, que os como!».